

Esos no son mis ídolos, porque no fueron los héroes del derecho, porque no defendieron la justicia, porque no sirvieron á la humanidad engrandeciéndola, sino haciendo de ella su patrimonio, estrecho, mezquino. Mi culto es para los que, siendo grandes por la inteligencia y el carácter, emplearon su pensamiento y su corazón en corregir errores, propagar las leyes morales, ensanchar el horizonte de la ciencia, señalar á los pueblos su derecho y sus altos destinos, y se consagraron á servir á la humanidad con desinterés y abnegación, aliviando los dolores físicos y levantándola de la postración en que la dejan los héroes de la fuerza.

Entre estos bienhechores de los pueblos, que son para mí los verdaderamente grandes, está el DR. MANUEL URIBE A., que acaba de morir, después de larga y merítisima labor. Su vida fue vida sin ruido vano, digna, útil, conjunto de virtudes públicas y privadas; ciencia aplicada al bien de la humanidad, caridad prodigada á todas horas y en todas formas y ejemplos de abnegación y sacrificio, y sin pensar jamás en el resultado. En una palabra, carácter moral íntegro, iluminado por los resplandores de copiosa ciencia.

Como todo esto reunido en un hombre es lo que constituye la verdadera grandeza, el DR. URIBE ANGEL es grande.

MARCELIANO VÉLEZ.

Medellín, 18 de Junio de 1904.

ENFERMEDAD SAGRADA

El DR. MANUEL URIBE ANGEL perdió su fortuna, cuando los años no permiten pensar en recuperarla con el trabajo, y quedó tranquilo. Perdió la vista, cuando la necesitaba más, para ver dónde apoyaba su trémulo bastón de anciano, y continuó tranquilo. Pero perdió la idea que de su Patria se había formado, y vio á Colombia mutilada y envilecida, y á tal golpe no pudo resistir. Esa desgracia lo anonadó, consumió el resto de sus fuerzas y acabó por quitarle la vida. Cuando nos robaron á Panamá y nos abofetearon los yanquis, todavía en su cuerpo endeble y gastado por los males, alentaba un corazón de joven. Desde entonces quedó profundamente triste, y profundamente triste vivió hasta la muerte. Si alguna vez le hablábamos sus amigos de aquel nefando suceso, parecía que el corazón, ese fogoso corazón de joven, se le asomaba á los ojos; y de sus pupilas, para siempre muertas y á la luz material, partía un rayo que abrasaba é infundía miedo. Era el rayo de suprema indignación en una alma pura y patriota. ¡Dichoso aquel gran varón que, libre de las minúsculas pasiones de bandera en que tanta gente se agita, murió de la enfermedad sagrada de ¡Patria!

Medellín, 18 de Junio de 1904.

LUIS EDUARDO VILLEGAS.

MANUEL URIBE ANGEL

Cuando, para no volver jamás, se van del mundo varones como URIBE ANGEL, con una vida llena de merecimientos, una larga